

Comillas espurias

En este texto, el diseñador e ilustrador mexicano Jorge de Buen adelanta parte de su exposición en el VI Congreso, al que llegará como invitado especial. De Buen hace una historia de las comillas, su origen, el uso a través de la historia y el contexto en el que surgieron y en el que fueron adquiriendo distintos empleos. «La evolución de las comillas ha sido muy pausada, pero nos ha dejado con unos magníficos signos de citar», señala el autor.

| Por Jorge de Buen

Los Estados Unidos se revelaron contra el reino inglés en el último cuarto del siglo XVIII y, aunque declararon su independencia el 4 de julio de 1776, tendría que pasar cuando menos un lustro para que su soberanía comenzara a ser efectiva. Sin embargo, una vez logrado ese objetivo, la nueva nación comenzó a expandirse territorialmente hacia el sur y el oeste. Ocho decenios más tarde, ya habían pasado por toda suerte de conflictos bélicos y negociaciones bravías con Inglaterra, Francia, España y México, entre otras naciones, y por una feroz y dolorosa guerra de secesión. Sin embargo, al cabo de ese tortuoso período, los Estados Unidos salieron fortalecidos hasta consolidarse como uno de los países más poderosos del mundo; y ese poder se reveló como una dominación de territorios, como un despliegue militar sin precedentes, en la forma de injerencias políticas y un creciente protagonismo en las relaciones comerciales. La nación progresó también en la ciencia y la tecnología. Convertida en una suerte de «país de las oportunidades» —de dicho y de hecho—, absorbió a muchos de los grandes pensadores del momento. Durante el siglo XIX, los Estados Unidos no solo avanzaban frenéticamente en multitud de campos, sino que irían adquiriendo preeminencia y prestigio en todas las áreas del saber.

Una de las consecuencias del crecimiento de esa nación fue que, en poco más de medio siglo, el centro de gravedad del mundo anglohablante se desplazaría de Inglaterra a los Estados Unidos. Las ediciones en inglés y el mismísimo idioma dejaron entonces de estar bajo el control único, celoso y conservador del Reino Unido. Pero los estadounidenses, que encontraron el modo de zafarse de sus predecesores en muchas áreas y progresar con un liderazgo propio, no podían hacer lo mismo en cosas como el idioma, los cánones editoriales, los sistemas de medidas y un puñado de cosas más. Era evidente, por ejemplo, que el idioma inglés, desparramado con eficacia por los británicos a lo largo y ancho del mundo, se había convertido en un bien de invaluable poderío social, militar y comercial. Era preciso mantenerlo sólido y, dentro de lo posible, inmutable.



En Europa, mientras tanto, las lenguas y los cánones editoriales habían seguido su lento progreso con autonomía. Por mucho tiempo, ni Francia ni España ni Italia tuvieron que mortificarse por el riesgo de que las colonias les descompusieran el habla. A mediados del siglo XIX, ninguna de las antiguas posesiones europeas en América, África y Asia —con excepción de los Estados Unidos— había alcanzado suficiente magnitud o madurez como para influir significativamente en cosas como la ortografía y la ortotipografía. Por eso, no es de extrañar que la llamada *ortografía chilena*, propuesta en 1927 por Andrés Bello, encontrara, fuera de Chile y de cierto período histórico, campos infértiles.

Así, a mediados del siglo XIX, la ortotipografía inglesa cayó en un atolladero, mientras que las de otros idiomas europeos siguieron sus caminitos. Por eso, encontramos tan pocas diferencias ortotipográficas entre un libro publicado en el inglés de hace doscientos años con respecto a uno recién editado. Si a eso añadimos que desde el Renacimiento la ortografía inglesa prácticamente dejó de seguir el paso al habla, nos encontramos hoy con que, ante la enorme eficacia del inglés hablado, hay una terriblemente contrastante versión escrita, que es algo así como una momia renacentista. Una prueba de esto es que las únicas pistas sobre la edad de un escrito, digamos, de finales del siglo XVIII nos las dan el estilo y, a veces, los signos auxiliares y de puntuación (el espaciado a la francesa, por ejemplo).

Desde fines del siglo XVIII, pues, la reputación del inglés como idioma preferente de la tecnología y los negocios se ha elevado hasta el punto de convertir esa lengua en la más prestigiosa.

Los idiomas de mayor autoridad —como lo fueron en su momento y en ciertos ámbitos el árabe, el francés y el español— imprimen una notable huella en aquellas hablas que caen bajo sus influencias; algo que no solo cuaja en forma de una transferencia de vocablos y expresiones, sino que a veces también afecta estructuras gramaticales. El inglés se ha convertido en un modelo habitual para todas las formas de expresión escrita. Me atrevería a decir, incluso, que su influencia ha sido conveniente, como lo fue la de las otras fuentes. A fin de cuentas, el español es un batiburrillo de lenguas, empezando por el latín, que, a su vez, también era algo así.

No se puede negar que la importación de voces extranjeras suele ser, a la larga, una legítima táctica de enriquecimiento; con todo, hay cosas que no se pueden admitir. Como ejemplo de lo malo, ahí está la calca de fastidiosas expresiones comodín con las que solemos reemplazar palabras patrimoniales más expresivas y certeras. Pero no me ocuparé aquí de eso, sino de otro anglicismo mucho más sutil: las comillas inglesas.

La historia de las comillas es difícil de esclarecer, pues algunos eslabones se han borrado o perdido. También hay importantes imprecisiones y malos entendidos —algo típico en la historia de los signos ortográficos— debidos a que el sentido común es poderoso y a menudo conduce a los especialistas al pozo de la «etimología ficción». Es curioso: el mismo sentido común nos dice claramente que muchas cosas no deberían someterse a su arbitrio, pero no nos permite entender a partir de qué punto debemos dejar de aplicarlo.

Un caso interesante de etimología ficción es el del signo llamado *párrafo* (§). En algunas obras acreditadas se dice que proviene de una antigua abreviación del sintagma *signum section is*. Este tipo de abreviaciones —de linaje griego— era tan normal en la Edad Media que los manuales y recopilaciones de abreviaturas medievales, como el *Dizionario di abbreviature latine ed italiane*, de Adriano Cappelli, incluyen cientos de signos y combinaciones hechas con un espíritu semejante al que ahí se interpreta. Así que la asociación entre el párrafo y la frase latina nace del sentido común y gratifica como un buen bocadillo de chorizo, morcilla y alubias a medianoche; los problemas aparecen al tratar de digerir el tentempié... Una de las cosas que me motivan a sospechar que esa explicación cojea es el hecho de que el párrafo no aparece en el diccionario de Cappelli, y sería extraño que un signo tan connotado como para haber producido un carácter de imprenta hubiese sido pasado por alto por un investigador acucioso. En segundo lugar, en la escritura medieval la ese larga (l) era mucho más frecuente que la corta (s), y esto también se reflejó en las abreviaturas; de modo que, aunque sí es posible, no es probable que un sintagma como *signum section is* haya sido expresado con dos eses cortas. Finalmente —y este es el argumento más sólido y el que en primer lugar me hizo sospechar que aquella explicación era falsa—, es extraño que la palabra *signo* aparezca en *signum section is*, 'el signo de la sección'. ¿Cómo se puede aludir a un signo antes de que exista?

De las comillas latinas (« ») se cuenta una historia aclamada popularmente. Se dice que estos caracteres angulares fueron inventados por un impresor francés llamado Guillaume Le Bé (o Lebé o Le Bret), quien vivió entre 1525 y 1598. Otros datan la aparición del signo en 1527 e, incluso, lo atribuyen al célebre impresor ascensiano Josse Bade o Josse Badius o Jodocus Badius. En su *Chronologie de l'histoire de L'Imprimerie* (1853), Paul Dupont marca la invención de las comillas en 1546, pero no da más datos: «El signo tipográfico llamado *guillemets*, por el nombre de su inventor, y que servirá para indicar las citas, comienza [en 1546] a ser usado por los impresores». Se dice que el primer autor en usar el nombre *guillemets* fue el abad Michel François. Eso sí, a los pocos años la palabra *guillemets* ya aparecía en otras publicaciones francesas.

El caso es que una investigación más afanosa nos lleva hasta tiempos muy remotos, mucho antes de la aparición de la imprenta. Se han encontrado manuscritos en cuyos arranques de renglón hay marcas con las que se señalan pasajes tomados de otra fuente y, de manera particular, de la Biblia. San Isidoro de Sevilla (c. 560-636) es uno de los viejos autores que describen una colección de signos de citar, cada uno según la fuente y el propósito. Entre esos signos destaca la diple, que, de acuerdo con algunos estudiosos, da origen a una suerte de caracteres de formas muy variadas, los cuales prevalecerían hasta los tiempos de Gutenberg.

Curiosamente, y para abonar a las confusiones, algunos especialistas (la Academia, entre ellos) encuentran en la diple moderna (<) el origen de las comillas latinas («»). Es una explicación muy poco probable, pues entre los últimos usos de la verdadera diple y los primeros de las comillas latinas (a principios del siglo XIX) hay unos buenos diez siglos. En ese larguísimo tiempo se recurrió a diversos signos y arreglos sin que haya aparecido un solo carácter angular.

En realidad, las comillas latinas son el resultado de la evolución de las que hoy conocemos como *comillas inglesas* (“ ”) —signos que, como hemos visto, son tan ingleses como el sombrero de charro—, y estas, a su vez, son una secuela de diversas experiencias con modos de citar (uno de ellos es, por supuesto, la ausencia de diacríticos). Entre esos modos de citar numeraré unos cuantos de los que se han usado desde la invención de la imprenta:

1) En el año 2008, Giordano Castellani publicó el hallazgo de lo que podrían ser las primeras comillas impresas, en el libro *Orationes et opuscula*, de Francesco Filelfo, publicado en Milán por Pachel y Scinzenzeler entre 1483 y 1484. Se trata de un par de pequeñas barras (//) en los arranques de los renglones por donde transcurre la cita.

2) En el siglo XVI, aparece un fragmento de *Deiisquæve huntur in aqua libri duo*, de Arquímedes, comentado por Federico Comandino (Alessandro Benacci: Boloña, 1565). En algunas partes, bajo el título de «Commentarius», la proposición de Arquímedes, en redondas, se interrumpe con un claudato

«Comillas espurias»



(corchete) de cierre, como señal de elipsis, enseguida del cual se inserta de cursivas la parte del comentarista.

3) En obras publicadas en lengua vernácula durante siglo XVII, las inserciones en latín ya se ponían de cursivas. Por extensión, en algunos impresos comenzaron a aparecer citas marcadas con ese mismo recurso diacrítico, aun sin mediar un cambio de idioma.

4) También en el siglo XVII reaparecen los signos marginales, ahora en la forma de dos comas ordinarias seguidas de un espacio („*Messieurs, je vous parle...*“).

5) Por lo general, las comas marginales no señalaban con exactitud dónde se comenzaba a citar. Ahora bien, a principios del siglo XVIII ya es corriente que la primera palabra del inciso vaya antecedida de dos comas elevadas e invertidas y que los renglones sucesivos lleven comas marginales (“*Entiendo, que estos / „ Ojos son siete...*“).

6) Tras la segunda mitad del siglo XVIII, las comas marginales alternan con unas modernas comillas inglesas que se emplean muy al modo actual, es decir, con un solo signo de apertura (“) y uno solo de cierre (”). De hecho, la fisonomía de las comas marginales —cada vez menos frecuentes— también ha cambiado: ahora se ponen invertidas y ligeramente elevadas, casi iguales a las comillas inglesas de apertura. Es precisamente en este punto donde se estanca la ortotipografía inglesa.

7) En la Europa de principios del siglo XIX, se ven con frecuencia las dos viejas comas marginales, solo que ahora se colocan ligeramente elevadas hasta coincidir con la altura de equis. En algunas publicaciones, aún prevalecen las comillas en pares (“ ”) y frecuentemente abarcan el signo de puntuación con que termina la cita, tal como se hace en el inglés actual (“... *el doctor Espinosa, cuyo dictamen se ha referido arriba;*”).

8) Hacia los años veinte del siglo XIX, los franceses ya usaban dos caracteres angulares muy semejantes a las modernas comillas

latinas de cierre (»)). Como se trataba de signos nuevos, los tipógrafos ya no podían echar mano de las comas para estos usos, así que surge la oportunidad de darles una nueva forma. Siguen siendo virgulillas curvas y un poco moduladas, pero la bolita característica ha desaparecido.

9) La segunda mitad del siglo XIX ve en Europa el auge de un nuevo signo angular, sin ornamentos y en pares enfrentados (« »). Así aparece en obras italianas, francesas y españolas. En la decimosegunda edición de su diccionario (1884), la Real Academia usa por vez primera estas comillas modernas, como se puede ver en la entrada respectiva.

La evolución de las comillas ha sido muy pausada, pero nos ha dejado con unos magníficos signos de citar. Cada uno de los dos pares de virgulillas angulares tiene el tamaño y la posición precisos para ser conspicuos en el texto sin dañar la estética tipográfica. Combinan armoniosamente con todos los caracteres y no dejan blancos irregulares. Las comillas inglesas, en cambio, siguen siendo un viejo par de flequillos colgados de la nada. A veces chocan con los ascendentes que los preceden, en ocasiones se confunden con apóstrofes o con llamadas de nota y debajo de ellos quedan espacios anómalos. Ante esto, los diseñadores tipográficos batallan airosamente para encubrir los problemas mediante acoplamiento de signos. Por su parte, muchos editores británicos prefieren marcar las citas con comillas simples (‘ ’) y recurrir a las dobles solo cuando aparece un entrecomillado dentro de otro.

La puntuación de los entrecomillados en inglés también tiene lo suyo. Si bien los usos estadounidenses y británicos difieren en este aspecto, la coma, por ejemplo, casi siempre va dentro del entrecomillado: “*All the world’s a stage,*” *Shakespeare wrote*. Nótese cómo los daños se atenúan cuando las comillas de cierre van detrás de la coma o el punto; en cambio, si la coma va después de las comillas, como lo marcan las normas del español, el signo de puntuación queda aislado en el vacío: “*Bien predica quien bien vive,*” *sentencia don Quijote*.

Los textos cargados de comillas inglesas perturban por lo disparejo de las texturas a que dan lugar. Esto es fácil de advertir, pues los diálogos en inglés siguen editándose según reglas arcaicas: con comillas en vez de rayas. Abra usted cualquier novela en inglés y verá lo que le digo: un salpicadero de flequitos alternados con lapsos vacíos. Es casi imposible hacer una composición tipográfica decorosa bajo los cánones del *Chicago Manual of Style*, por mencionar uno de los libros de estilo de mayor fuste.

En las publicaciones en español, el uso de comillas inglesas en vez de latinas es, quizás, el más difundido de los anglicismos ortotipográficos, pero no es el único. Habría que darles espacio a muchos otros casos, pues, como hemos visto, la ortotipografía y la ortografía inglesas van de lo vetusto a lo decrepito. □